

Que las palabras fundamentales sirvan para entendimiento y no para confusión

—“Maestro, le dijeron sus discípulos a Confucio en su lecho de enfermo —Si volvieras a vivir y se te otorgara la gracia que tú pidieras, qué pedirías?”

—“Devolver a las palabras su significado”, contestó el sabio.

El gran maestro de la sabiduría china, que había buscado toda su vida los principios fundamentales de la justicia y de la convivencia humanas, comprendió al final de su vida que la razón principal de la falta de entendimiento entre los hombres, del desorden, del desgaste de energías revolucionarias, de las injusticias, guerras y anarquías era causada por palabras. Palabras robadas, saqueadas de su significado.

Si se da curso a una palabra y esa palabra designa una realidad falsa, el desorden comienza. Si se usa una palabra para designar una realidad fundamental y a esa palabra le escamoteamos la realidad que designa, los hombres —que sólo pueden entenderse por medio de palabras —se precipitan al equívoco, ya no se entienden, chocan y producimos inevitablemente la anarquía.

La mayor parte de la desventura política de América tiene como causa la falsificación de sus palabras constitucionales. En vez de tenderse a devolverles su significado —en lo cual consiste, esencialmente, el desarrollo político —nos empeñamos en falsificarlas sin comprender que toda falsificación segrega automáticamente un malestar. Nos alarmamos de nuestra subversión endémica, pero no tratamos de ir al origen de la enfermedad subversiva que radica en la mentira, en la falsificación de aquellas palabras sobre las cuales se supone que descansa el orden de cada país. Si hiciéramos con la moneda lo que hacemos con las palabras ¿podría nuestra economía dar siquiera tres pasos en el camino del progreso? Si nuestra moneda el córdoba fuera tan equívoca como nuestra palabra “democracia” —¿qué desastre y confusión sería nuestro comercio?— Pues en la comparación entre moneda y palabra radica el por qué hemos progresado un poco en el orden económico y nos hemos quedado estancados, en el más bajo subdesarrollo, en el orden político.

¿Acaso no es tan importante, para la convivencia y el desarrollo humanos de Nicaragua, una moneda firme (una moneda que no engaña, que infunde respeto porque no miente sus valores), que una democracia que no engaña, cuya palabra no designe una falsificación, y cuyo valor de significado sea cierto y no equívoco?

Entonces ¿por qué somos tan honrados con la moneda (la moneda, al fin y al cabo es una palabra que designa un valor) y al mismo tiempo somos tan poco honrados con nuestras monedas políticas en permanente y anárquica inflación?

Yo recuerdo, cuando comenzaba a navegar, de muchacho, en el Gran Lago, a un viejo y estuendo marino, capitán de lancha, que mientras navegábamos iba preguntando a sus dos jóvenes marineros (dos novatos) los nombres de cada una de las jarcias y partes de la lancha como pudiera hacerlo un maestro en una escuela. Como yo le preguntara por qué lo hacía, me respondió:

—Es que a la hora del chubasco, si cada cosa no tiene su nombre, nos vamos a pique.

Y comprendí.

Si a la hora de la tempestad el marinero dice, como decimos en la descuidada e imprecisa lengua de la ciudad, “pasame ese chunche” o “desamarrá esa carajada”, mientras se ponen de acuerdo en la cosa que designan, la jugada de viento rompe la vela o da vuelta a la barca. Por eso, pocos oficios como la marinería y pocos objetos como una lancha, tienen una nomenclatura tan rica y tan precisa. Cada cuerda, cada acto del navegar, cada parte de la lancha tiene su nombre y el buen marino debe aprenderlo a conciencia. Su gran maestro es el peligro. ¿Gran escuela de palabras precisas el poderoso lago y sus chubascos!

Si nosotros, como el viejo marinero del lago, hemos pasado recientemente un chubasco, y vemos que el horizonte de América presagia temporal fuerte, comencemos por el principio aconsejándonos del sabio Confucio: devolvamos a las palabras su significado.

Si no nos entendemos sobre Democracia, si no nos entendemos sobre Sufragio, si todas esas palabras fundamentales son “chunches” y “carajadas” —palabras vacías creadoras de confusión— ¿cómo vamos a sortear la tempestad si no nos entendemos en lo fundamental? A la primer jugada de viento comunista o terrorista —jugadas de viento que vemos azotar día a día todas las costas continentales— se nos romperán velas y mástiles porque el gobierno entenderá a su manera las palabras constitucionales que nos definen, y la oposición las entenderá a las suyas.

Mientras no devolvamos su significado preciso, completo, exacto y sin equívocos a las palabras fundamentales que definen nuestro sistema republicano, en mal barco navegamos. De nada nos sirve ir cargados de buena moneda si capitán y marineros vamos cargados de malas palabras.